

---

7

Judith Biely es una mujer de espaldas delante de un piano que al volverse recibe en la cara y en el pelo muy fuerte y muy rizado el sol de la caída de la tarde del 29 de septiembre de 1935; es una silueta que cruza delante del chorro azulado de luz de un proyector de diapositivas; es una escritura agitada y fantasiosa que se parece en algo a los rizos de su pelo en un sobre que Ignacio Abel guarda en uno de sus bolsillos, en su equipaje de fugitivo o de desertor que sólo posee lo que lleva consigo y no sabe cuánto durará su viaje y ni siquiera si volverá al país en ruinas del que se marchó hace tan sólo dos semanas. Judith Biely es la escritura tumultuosa en las cuartillas de esa carta que Ignacio Abel hubiera preferido no recibir y que quizás sea la última de todas; fechada en Madrid hace menos de tres meses; no confiada al correo, sino dejada a cargo de alguien que la entregó con la mezcla de astucia y deleite de quien sabe que está ofreciendo el dolor de una hoja de cuchillo. Veía las manos rapaces ofreciéndosela, en el vestíbulo de la casa de citas donde habían acordado encontrarse por última vez, las uñas muy rojas de unos dedos artríticos manchando con su cercanía el sobre en el que la letra de Judith había escrito su nombre con una formalidad que

---

era también un mal augurio, *Sr. D. Ignacio Abel*. Una carta puede ser un maleficio retardado; alguien para quien no estaba destinada abre un cajón y la ve por error si se atreve a leerla y es como si hubiera introducido la mano en la madriguera de un alacrán; ya no puede cerrar el cajón de nuevo; ya no puede haberla sacado del sobre ni haberla leído, descifrando esa caligrafía de rasgos caprichosos en la que se dicen palabras que le quemarán la memoria durante mucho tiempo. La encuentra alguien muchos años después en el interior de una maleta cubierta de polvo o en un archivo universitario y la carta sigue preservando su fervor o su daño aunque ya estén muertos quien la escribió y quien la recibió. *Sr. D. Ignacio Abel*: como si de repente ya no se conocieran, como si los últimos nueve meses no hubieran existido. Judith Biely es ahora mismo una mujer de espaldas que no hubiera llegado a volverse; una ausencia irreparable y algunos rastros materiales custodiados por ese hombre que apoya la cara contra la ventanilla del tren mirando la anchura del río Hudson, los ojos entornados, la conciencia disolviéndose en la fatiga y en la contemplación. Veo sus zapatos negros cuarteados según la forma de su pie y el modo en que camina, la suela cosida a mano pero ya gastada, sobre todo en el tacón, residuos de polvo de Madrid y de los tajos abandonados de la Ciudad Universitaria en sus intersticios (volvía a casa para alguna reunión familiar con los zapatos manchados de polvo o de barro de las obras, contrastando con la hechura impecable de los bajos del pantalón, y el hermano de Adela o alguna tía o prima observaba: «Se ve que tiene nostalgia del andamio»). El calcetín derecho tiene un agujero en el dedo gordo. En la habitación del hotel de Nueva York Ignacio Abel encontró aguja e hilo de coser en una cajita e intentó remendarse el calcetín descubriendo que no sabía, que sus manos eran inútiles. Tampoco sabía co-

---

serse el botón caído de una camisa y había observado con alarma que el bolsillo derecho de su chaqueta estaba empezando a desprenderse. Sutilmente los materiales se degradan; los bolsillos de quien no tiene domicilio fijo acaban deformándose, porque guarda en ellos demasiadas cosas; unos hilos sueltos son el primer indicio de la siguiente fase en la ruina; como una grieta todavía no muy visible en un muro. Se acuerda de cuando la ropa aparecía por milagro limpia y planchada en su armario, en los cajones del aparador con un espejo oval en el que se reflejaba la sombría cama conyugal, con un cabecero de madera torneada imitación Renacimiento español que era el estilo inmemorial de la familia Ponce-Cañizares Salcedo. No sabes hacer nada; te morirías de hambre si tuvieras que ganarte la vida con las manos; que hacerte tú mismo la comida. De niño su padre se burlaba de él al ver el vértigo con el que se subía incluso al andamio más bajo, la torpeza con la que llevaba a cabo las tareas manuales más sencillas. «Eutimio, o este hijo mío se nos hace señorito o se muere de hambre», le decía al aprendiz que se ocupaba de él como un hermano mayor cada vez que llevaba al chico a una obra. El profesor Rossman al menos tenía destreza y pudo defenderse malamente en sus peores tiempos en Madrid componiendo plumas estilográficas; vendiéndolas a comisión por los cafés, sacándolas por sorpresa de sus bolsillos o del interior de su cartera sin fondo, como un mago viejo que sigue repitiendo trucos anticuados. La cartera no la había llevado consigo cuando lo sacaron de la pensión con modales ásperos pero no violentos o groseros y lo montaron en el asiento de atrás de un automóvil incautado, un Hispano-Suiza, recordaba su hija, que lo vio desde arriba, tras los visillos de la ventana. Sin siglas políticas pintadas a brochazos en las puertas o sobre el capó, sin colchones sobre el techo como precaución chapucera contra los fran-

---

cotiradores o contra la metralla de los aviones enemigos. En las portezuelas todavía llevaba impreso el escudo nobiliario del aristócrata al que se lo habrían incautado, que habría huido o estaría muerto. Gente seria, que no perdía el tiempo ni hacía aspavientos ni imitaba a los gánsters del cine; que traía una orden de registro firmada, con un sello morado de aire oficial que la señorita Rossman no acertó a distinguir. El profesor Rossman también llevaba los bolsillos llenos de cosas, como él ahora, en el tren, abultados, desfondándose: le dieron tiempo a que se pusiera la chaqueta, pero no el chaleco ni el cuello duro, que no le harían ninguna falta en el calor de Madrid; o no le dieron permiso para ponerse las botas alemanas de tacones torcidos o él tuvo tanto miedo que se olvidó de pedirlo, de modo que salió en calcetines, con sus zapatillas viejas de fieltro. En el depósito de cadáveres de la calle Santa Isabel un pie del profesor Rossman llevaba todavía la zapatilla, y el dedo gordo del otro sobresalía de la punta del calcetín, amarillo y rígido, la uña como una garra torcida. En la sala del depósito olía a muerte y a desinfectante y todos los cadáveres llevaban colgado al cuello un cartel con un número. Por algún motivo a los muertos se les salían siempre los zapatos. Los merodeadores madrugaban para quitarles a los muertos los zapatos y los relojes, los alfileres de corbata, hasta los dientes de oro. A algunos era más difícil identificarlos porque les habían volado la cara o les había robado la cartera, quizás los mismos que acababan de fusilarlos. «Es la justicia del pueblo», dijo Bergamín, mirándolo con un recelo eclesiástico desde el otro lado de su mesa de despacho, en un salón de techos góticos de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, las manos juntas a la altura de la boca, oliéndose subrepticamente las uñas, «Una riada que lo arrasa todo, que se lo lleva todo por delante. Pero han sido los otros los que al sublevarse han

---

abierto las compuertas de esa riada en la que ahora perecen. Hasta el señor Ossorio y Gallardo, que es tan católico como yo y mucho más conservador, ha sabido entenderlo, y lo ha puesto por escrito: es la lógica de la Historia». Las vidas individuales ahora no contaban, dijo, tampoco las nuestras. Pero por si acaso él protegía la suya en el interior de un despacho en vez de exponerla acercándose al frente, hubiera deseado decirle Ignacio Abel, muerto posible él también, interrogado unas cuantas veces a lo largo del verano, apuntado por cañones de fusiles viejos que se le hincaban en el pecho y que se podrían haber disparado en cualquier momento, porque quienes los manejaban tenían un dominio muy sumario de sus mecanismos, arrojado una noche delante de unos faros unos segundos antes de la voz que lo salvó diciendo su nombre. Seguía pareciendo un burgués aunque por precaución saliera siempre sin corbata ni sombrero, tan desamparado al principio como cuando se sueña que se ha salido a la calle desnudo. Cuando se ha estado a punto de morir el mundo adquiere una cualidad impersonal: las cosas que uno mira habrían seguido existiendo si hace unos minutos alguien le hubiera reventado la cabeza o el pecho con una bala de máuser disparada desde muy cerca. Piensa, desapegado de sí mismo, con la objetividad de una cámara detrás de la cual no estuviera la mirada de nadie: yo podría estar muerto y nadie ocuparía este asiento del tren, junto a la ventanilla por la que se desliza la perspectiva de un río cuya amplitud desborda la capacidad de mirar de unos ojos españoles, acostumbrados al secano, a los arroyos mustios, a las riadas violentas y las torrenteras pedregosas. «La riada incontenible de la justa ira popular, escribía Bergamín», decía en voz alta, con su voz débil y apagada, como ensayando el artículo que iba a publicar al día siguiente. Ignacio Abel sabe que podría haber muerto sin ninguna duda al menos cua-

---

tro o cinco veces durante el verano de Madrid y ni Judith ni sus hijos habrían llegado todavía a enterarse: puede que piensen, que lo den por muerto; que de algún modo, sin él mismo saberlo, lo esté. Que el olvido de los otros lo esté borrando mientras él imagina que su identidad permanece intacta. *Qué terror, pensar que en este instante, en esta hora, en no sé dónde, el olvido está trabajando contra mí, deshaciéndome.* Ha escrito esas palabras pero no sabe si Judith las recibirá alguna vez. Si yo hubiera muerto en Madrid el horizonte del río pasaría a velocidad creciente junto a esta ventanilla sin que nadie lo mirara. Me habrían llevado al depósito de cadáveres, tan inundado de muertos sin nombres que se apilaban en los pasillos y hasta en los cuartos de las escobas, bajo un zumbido de nubes de moscas; me habrían colgado al cuello un cartel manoseado con un número de registro, como al profesor Rossman; lo que no me hubieran robado los que madrugan para saquear a los muertos de la última noche alguien lo habría guardado en un archivador después de concluir una lista mecanografiada con varias copias en papel carbón.

Yo catalogo los bolsillos de Ignacio Abel; todo lo que un hombre lleva consigo sin darse cuenta, lo que no ha tirado, lo que le importa mucho y lo que permanece adherido sin ningún motivo a su ropa, abultando en sus bolsillos, con un peso excesivo que empieza a hacer que se suelten unos hilos, y que una vez sueltos el descosido pueda convertirse en un desgarrón; lo que ayudaría a establecer su identidad y a reconstruir sus pasos y es tan efímero como cualquier papel que el viento de octubre arrastra por la calle; como el contenido de la papelería que las limpiadoras del hotel New Yorker vuelcan en un cubo de basura. Habrás muerto y sólo esas cosas hablarán de ti. Pero en Madrid los suicidas del Viaducto tendían a vaciarse los

---

bolsillos y a dejar bien ordenados sus documentos y sus objetos personales de valor antes de saltar al vacío. Algunos se quitaban los zapatos, pero no los calcetines, y los dejaban alineados y juntos, como a los pies de la cama (Adela no se quitó los suyos; saltó al agua o más bien dio un paso y se dejó caer en ella con sus zapatos de tacón y el bolso apretado entre las manos cubiertas con los guantes ligeros de verano y el pequeño sombrero que se quedó flotando y de lejos parecía un barco de papel). Aparta el pensamiento, con un gesto instintivo de la cabeza; se acuerda de la carta de Adela que hubiera debido romper en pedazos menudos y todavía lleva en un bolsillo, con la contumacia de un recuerdo o de un remordimiento parásito. *Y para qué voy a ocultar que no soy mejor que tú porque lo que me da más miedo y más rabia pensar no es que te hayan matado esos salvajes que tú creías que eran los tuyos y que tus hijos se vayan a criar sin un padre sino que estés ahora mismo vivo y tan feliz en los brazos de la otra.* Se acuerda de las cartas de Judith guardadas insensatamente en un cajón de su despacho cerrado con una pequeña llave que alguna vez él dejaría inevitablemente olvidada en la cerradura. *Bien sabía yo que muchas cosas que tú deseabas no podía dártelas pero tampoco habrá otra que te las dé porque lo que tú quieres no existe y no sabes querer tampoco lo que tienes más cerca.*

Arqueología del pasajero de un tren que ha salido de la estación de Pennsylvania a las cuatro de la tarde de un día preciso de octubre de 1936; no lo que hay en su maleta digna de viajero internacional venido a menos sino el contenido de sus bolsillos: el billete de tren; una cartilla con las instrucciones de emergencia en caso de peligro de naufragio suministrada al embarcar a cada pasajero del S.S. *Manhattan*; una postal franqueada que se ha prometido echar en

---

cuanto llegue a su estación de destino, culpable por el tiempo que hace que no escribe a sus hijos, aunque no sabe si les habrá llegado alguna de las postales que ha estado enviando desde la mañana siguiente a su salida de Madrid, en Valencia, en una plaza recién regada con palmeras; perras gordas españolas, céntimos franceses, algún centavo diminuto de cobre escondido en el último intersticio de un bolsillo, donde se alojan las migas de pan más duras, en una profundidad a la que no llegan las uñas; algún sello de correos; una pluma estilográfica, regalo de Adela por su último cumpleaños, sugerida —y vendida, con una pequeña comisión— por el profesor Karl Ludwig Rossman, aprovechando una de las ocasiones en las que iba a casa de Ignacio Abel a recoger a su hija al final de la clase de alemán que le daba a los niños; una ficha del tren elevado; dos cartas de dos mujeres, tan diversas entre sí como la caligrafía de cada una de ellas (las dos anuncian el final de algo en cada uno de los dos lados de su vida, los que él pensó durante un tiempo que no chocarían ni se mezclarían nunca, habitaciones contiguas de un mismo hotel con tabique insonorizado, mundos paralelos). Fotos en la cartera, muy gastada por el uso, abultada de documentos y credenciales inútiles: la cédula personal, el carnet de la UGT y el del Partido Socialista, el del Colegio de Arquitectos, el salvoconducto fechado el 4 de septiembre de 1936 para viajar a Illescas, provincia de Toledo, *con el objeto de salvar obras valiosas de arte pertenecientes al patrimonio nacional y amenazadas por la brutal agresión facciosa*. El salvoconducto habla de agresión, no de avance. Se modificaban las palabras con la esperanza de que dejaran de existir los hechos que las palabras ya no contaban. Que el enemigo venía sin que ninguna fuerza efectiva lo detuviera o al menos entorpeciera su avance, sólo bandadas sin orden de milicianos que pasaban de la jactancia al pánico y a la

---

desbandada después de los primeros disparos; que morían con un heroísmo generoso e inútil sin saber dónde estaba el enemigo y ni siquiera que la confusión en la que de pronto se habían visto envueltos era una batalla; que se caían de espaldas al recibir en el hombro el retroceso de los fusiles o tenían fusiles sin balas o sólo fusiles de madera o pistolas enormes robadas en el saqueo del Cuartel de la Montaña, apuntadas insensatamente contra un avión que volaba bajo sobre la carretera recta disparando metralla o contra unos chopos que al ser agitados por el viento habían parecido hirviendo de enemigos. *Las plazas que los rebeldes consideran baluartes decisivos de su posición están cada día en una situación más desesperada y si todavía no se ha producido su rendición es sencillamente porque nuestras fuerzas victoriosas no quieren arrasar esas ciudades sino conquistarlas para la Civilización y la República.* Quizás ya han llegado a Madrid y ésta es la primera noche de la ocupación, la noche de seis horas más tarde que ya tiene sobre las calles silenciadas una oscuridad de tintero o de pozo. Quizás cuando el tren llegue a la estación de Burton College habrá en el kiosco titulares con tinta todavía fresca que anuncien la caída de Madrid.

Judith Biely es una foto en la cartera tomada cuando no existía aún ni la posibilidad de que pudieran encontrarse, en París, días o semanas antes de que le llegara la invitación inesperada para viajar a Madrid, casi de la noche a la mañana, cuando lo que imaginaba era que pasaría el otoño en Italia, escribiendo crónicas para una revista americana que le pagaría muy poco, pero que le ofrecería al menos el doble alivio de no estar gastando el dinero que le quedaba y el de ver publicado algo escrito por ella; verlo ella y sobre todo su madre, que guardaba en un álbum las fotos y las cartas que Judith había ido enviándole

---

en los dos últimos dos años y los escasos artículos aparecidos con su firma, la compensación por ahora tan dudosa del sacrificio que había hecho para que su hija emprendiera ese viaje y se diera a sí misma la educación en el mundo que merecía y que necesitaba y que le permitiría cumplir su vocación. Las cosas más frágiles tienen una extraordinaria capacidad de persistir, al menos por comparación con las personas que las manejan y las hacen. En algún archivo de Nueva York que no visita nadie estarán encuadernadas las pequeñas revistas radicales que publicaron entre 1934 y 1936 relatos de viajes o breves estampas de ciudades europeas escritas por Judith Biely, casi nunca abiertamente políticas, aunque dotadas de una aguda observación de la vida, con un estilo rápido y entrecortado, mecanografiadas en una máquina portátil, la Smith Corona que había sido también un regalo de su madre, como el viaje entero, como el impulso para emprenderlo. Le entregó la máquina cuando ya estaban en el muelle esperando a que se abriera la pasarela para subir a bordo, cuando ya había sonado una vez la sirena tremenda al tiempo que ascendía de una de las chimeneas una gran columna de humo. No le ponía una condición ni le exigía ningún resultado, tan sólo le ofrecía ese regalo con un desbordamiento de entrega semejante al que había sentido veintinueve años atrás al darle la vida, quedándose luego igual de exhausta, igual de arrasada por un empeño en el que sacrificaba sus propias fuerzas orgánicas para robustecer la existencia de su hija. Cumplió veintinueve años en alta mar, encerrada en su cabina, delante de la máquina en la que había puesto una hoja sin escribir luego nada en ella, mareada por el movimiento y el calor del buque, abrumada por la magnitud del regalo y la responsabilidad de merecerlo. Acodado en una barandilla de la cubierta de primera clase Philip Van Doren la estuvo observando durante el

---

viaje. Era la vida de Judith la que debería adquirir una forma decisiva como consecuencia del regalo, pero era también, de manera delegada, la prolongación de la vida que su madre no había podido tener; su travesía hacia una Europa en la que no había estado nunca era el viaje de vuelta que su madre ya no haría. Judith, la hija menor e inesperada que le vino como un contratiempo definitivo a los treinta y tantos años, ahora cumpliría las expectativas y las posibilidades a las que ella había renunciado, bajo el agobio de la crianza de los hijos y el cuidado de la casa y la presión de un marido angustiado y tiránico que no podía explicarse por qué otros casi recién llegados triunfaban en América y él no, o no en la escala y con la solidez que hubiera querido; él que en Rusia había sido un comerciante sagaz y respetado; que se descubrió con estupor tan torpe para los negocios en el nuevo país como para el manejo del idioma, en el que siempre se escuchaba hablar como un idiota indeciso, aunque en San Petersburgo había cerrado tratos fulminantes lo mismo en francés y en alemán que en polaco o en yiddish. Su amargura de hombre soberbio que ha sido ultrajado envolvía su presencia y ocupaba su casa como una sombra irrespirable. Al ser una niña y haber nacido la última Judith estaba a salvo de la violenta presión que el padre ejercía sobre los hijos varones: les exigía que fueran lo que él no había sido y a la vez era muy sensible a la humillación que ellos le infligían desbordando muy pronto su desacreditado magisterio; hablando inglés sin acento, avergonzándose del suyo, saliendo adelante con una inextinguible capacidad de entregarse al trabajo, al comercio de cosas que él en Rusia habría despreciado, la chatarra, la ropa vieja, los materiales de construcción, cualquier mercancía que pudiera ser comprada y vendida en grandes cantidades y sin mucho miramiento. En la mesa familiar hablaba muy alto y no escu-

---

chaba a nadie, adoctrinando a sus hijos con consejos imperativos e inútiles que empezaban y acababan siempre en él mismo, en las relaciones que había sabido cultivar a lo largo de toda Europa, llevando a mano su propia correspondencia en francés y alemán; les aconsejaba cómo tenían que escribir ellos las cartas, como si no acabara de enterarse de que estaba en Brooklyn y no en San Petersburgo, como seguía llamando a su ciudad natal. Cuanto más fuera del mundo iba quedándose más agresivo se volvía; cuanto más terror sentía a aventurarse en una ciudad que nunca iba a ser ya la suya más retadoramente se negaba a seguir las indicaciones de sus hijos en las tareas muy limitadas que le encargaban. Su egolatría se hipertrofiaba hinchándose con el aire caliente de rememoraciones siempre repetidas y cada vez más exageradas en las que él mismo era siempre el centro. Los hijos miraban a otro lado, se distraían con migajas de pan o fumando cigarrillos, intercambiando miradas entre ellos; se iban rápido, siempre tenían que hacer cosas; madrugaban tanto que se quedaban roncando sobre el plato recién acabado de la cena. La madre se quedaba adormilada sin levantarse de la mesa, sin atreverse a irritarlo dejándolo sin público para sus desvaríos; algunas veces, sin darse cuenta, se distraía haciendo escalas de piano sobre el hule. Con el tiempo Judith, la pequeña, fue la única que le escuchaba, sin poder escapar a aquellos ojos que habían vagado de una cara a otra en busca de una mirada de atención en la que anclar su monólogo. Lo entendía fragmentariamente, porque hablaba muy rápido en ruso, o se ponía a divagar en francés o en alemán para mostrar su dominio de esos dos idiomas que para él eran la civilización, o para repetir el elogio que alguien había hecho de él en una carta enviada desde París o Berlín muchos años atrás. Ser niña y haber llegado la última le daba una libertad algo gatuna que estaba negada a

---

los otros, y desde la cual los observaba a todos, absuelta de las obligaciones brutales a las que los hermanos y el padre se entregaban, de los madrugones, de los viajes a chatarrerías y a vertederos, de la furia de las celebraciones masculinas, siempre ásperas y más bien amenazadoras, el vodka, la cerveza, el tabaco, las competiciones deportivas. Pero también estaba a salvo en gran parte del trabajo de su madre, quien vivía en silencio igual que su marido vivía en las palabras, pero aún más desterrada, según Judith fue comprendiendo al paso de los años, a medida que se hizo mayor y pudo explicarse lo que sólo intuía como corrientes de tristeza cuando era una niña, sensible a ellas pero ajena a su origen. Después de pasarse todo el día trabajando en la casa, cuando los demás ya dormían, su madre se quedaba en la cocina recién fregada y ordenada y la cara le cambiaba porque se ponía unas gafas y se sentaba muy recta para leer un libro en ruso, muy grueso casi siempre, de tapas negras, como una biblia. Lo que sentía hacia el marido no era miedo a su energía desenfocada y violenta sino un profundo desdén que le hacía más llevadero el aburrimiento al permitirle comprobar que ni su dominio de los idiomas era tan bueno como él aseguraba ni su bravuconería alguna cosa más que miedo encubierto y patético. Se vengaba de él viéndolo ridículo, advirtiendo cada indicio de su profunda vulgaridad, prediciendo con antelación y palabra por palabra los embustes que contaría de nuevo cada noche. Sin decir nada lo miraba haciendo un gesto sutil y sabía que sus hijos lo habían advertido y lo tomaban como una señal para compartir tácitamente con ella el descrédito del padre, contra quien guardaba desde mucho antes de que la hiciera emigrar de su querida ciudad natal agravios inmunes al paso del tiempo. Fue él quien se empeñó insensatamente en traerla a América; por culpa suya dejó de ser una señora con sólidas aficiones musicales y li-

---

terarias y un servicio doméstico que se ocupaba con eficacia y sigilo de las tareas de la casa para convertirse en poco más que una fregona; de ocupar la planta noble de un edificio en San Petersburgo había pasado a vivir en un vecindario hediondo y ruidoso de emigrantes, en un apartamento de techos bajos y tabiques como de cartón en el que casi todas las ventanas daban a un patio interior que era como un pozo negro de basuras y gritos. Ella que fue una señora tenía que pelearse para no perder su turno en el lavadero o en el retrete con mujeres greñudas y gritonas que la despreciaban más porque advertían su superioridad y su reserva; porque la veían volver de la biblioteca pública trayendo libros bajo el brazo; porque recibía de vez en cuando en el correo alguna revista rusa o el folleto informativo de una casa de pianos. Llevaba años ahorrando para comprarse uno. Había traído partituras de Rusia y algunas noches, en vez de leer, abría una sobre la mesa de la cocina apoyándola verticalmente en una jarra o en una caja de bizcochos y movía rápidamente los dedos sobre un teclado inexistente, murmurando la música en una voz tan baja que Judith apenas la oía. Cuando era niña la había hipnotizado aquel piano invisible, desaparecido como por un conjuro mágico pero de algún modo presente en los signos extraños de la partitura y en la delicadeza con que se movían sobre el hule barato o sobre la madera muy frotada las manos de su madre. Guardaba céntimo a céntimo. Trabajaba a veces a destajo en medio del estrépito de un taller de costura en el que las máquinas de coser no se detenían ni de día ni de noche. Era importante no dañarse los dedos; no dejar que se entorpecieran; mantener la música en la cabeza, aunque ningún instrumento la hiciera sonar, como Beethoven componía y escuchaba la suya cuando ya estaba completamente sordo. Judith la observaba leyendo en ruso con sus gafas que le cambiaban la expresión

---

de la cara o tocando el piano inexistente y comprendía que su madre, aunque se ocupara tanto de ella —para que no faltara a la escuela ni saliera de casa sin los deberes hechos, para que fuera bien peinada y muy limpia y vestida como una señorita—, vivía en realidad en otro mundo del que ella, su hija, igual que su marido y los chicos, estaban excluidos, una burbuja de silencio en el interior de la cual flotaban las palabras rusas que leía en voz muy baja en las novelas, las notas del piano que tal vez ya no sonaban en su imaginación con la nitidez que ella hubiera querido. Mucho después de que el Petersburgo de su juventud se convirtiera en Petrogrado y luego —bárbaramente a su juicio, una profanación que se tomaba como una injuria personal— en el Leningrado de los sóviets; cuando dejaron de llegar cartas de parientes y amigos y empezó a saberse con retraso el destino de muchos de ellos —deportados, encarcelados, muertos de frío y hambre en las calles, desaparecidos—: aun entonces ella seguía alimentando las mismas quejas circulares contra su marido por haberla arrancado de su ciudad y de su vida: una ciudad que ya no existía, una vida que habría acabado siendo mucho peor que la que tenía en América. Él se vanagloriaba en la mesa de haber previsto con veinte años de antelación lo que iba a suceder; escuchándole, parecía inexplicable que el Zar no le hubiera pedido consejo, que Kerensky, en 1917, se hubiera dejado llevar por una ingenuidad de consecuencias desastrosas, habiendo podido hacer caso a lo que él vaticinaba, incluso llevando ya muchos años fuera del país, gracias a su conocimiento del mundo y a su astucia en los negocios, a su capacidad de penetrar las intenciones más escondidas de los hombres y de leer por debajo de las informaciones mentirosas de los periódicos. Cuando Fanny Kaplan atentó contra Lenin en 1918 él sostuvo que en realidad lo había asesinado y que los sóviets, maestros

---

en la propaganda, ganaban tiempo engañando al mundo entero, salvo a él. Cuando se supo varios años más tarde que Lenin había muerto predijo el hundimiento inmediato de un sistema de tiranía asiática que dependía de un solo hombre: así se desmoronó el imperio de Genghis Kan después de su muerte, así se deshicieron en nada las hordas de Atila. A diferencia de otros, él no basaba sus opiniones en las banalidades que publicaban los periódicos; había que tener una perspectiva amplia, que manejar libros de historia en varios idiomas. Para entonces Judith ya estaba en la universidad, alumna brillante en City College, no porque la obstinación de su madre por que tuviese una educación hubiera prevalecido sobre el padre y los hermanos sino porque ninguno de ellos le había prestado mucha atención mientras crecía, callada y sigilosa, tan irrelevante como esos hermanos pequeños y débiles de otras familias que pasaban temporadas en los hospitales o eran un poco retrasados y a los que no se les exigía que contribuyeran al esfuerzo común para salir adelante: era la menor; era una niña tenue y flexible, casi translúcida; era la única de todos que había nacido en América. Aceptaron como parte de su singularidad que ganara todos los premios en la escuela y que no le costara nada superar la prueba de ingreso en City College. En realidad, les parecía un logro menor, cosa de niñas o de varones de hombría escasa. El padre al principio se había envanecido de ella, mucho más que la madre; había explicado que los logros de la hija de un modo u otro se debían a él, y modificado sus recuerdos para que se ajustaran a esa nueva versión de los hechos; delante de ella, de la madre, de los hermanos, contaba lo que todos sabían que no era verdad, y lo contaba más adornado y con más exageración según intuía que no le daban crédito; como desafiándolos a que le llevaran la contraria; a que no aceptaran recordar ellos

---

también —y ella, Judith, sobre todo— lo que nunca había sucedido: cómo su padre la había llevado a la escuela cada mañana de invierno cuando era muy niña, cómo le había ayudado en los ejercicios, cómo, en el fondo, había sido más responsable que ella misma de sus excelentes calificaciones. ¿Cuántas veces había robado horas al sueño para explicarle francés y alemán? Incluso aseguraba haberle corregido muchos de sus trabajos de inglés, él que después de un cuarto de siglo en América aún hablaba traduciendo literalmente del ruso, y que en cualquier caso, cuando sus hijos eran pequeños, había tenido una habilidad extraordinaria para no verlos, especialmente cuando caían enfermos o cuando mostraban alguna debilidad. A medida que su hija iba afianzando sus credenciales en la universidad él empezó a mostrar un recelo agraviado que se manifestaba en forma de desdén a lo que llamaba el conocimiento de los libros, la falta de formación verdadera de profesores que en muchos casos habían alcanzado su posición no gracias al mérito personal sino a las conexiones familiares, al efecto corruptor del dinero. ¿Había necesitado él ir a la universidad para dirigir en San Petersburgo un negocio que extendía sus sucursales a las grandes ciudades de Europa y a las capitales del Levante de las que importaba, con excelentes beneficios, aceite de oliva, almendras, aceitunas y naranjas? ¿Qué título le había hecho falta para abrirse paso en América, habiendo previsto, antes que nadie, y contra la opinión de pomposos universitarios, que el zarismo tenía los días contados y que cuando se hundiera no lo sustituiría un sistema parlamentario a la europea, como afirmaban tantos ilusos con títulos de doctores, sino un despotismo asiático? En la mesa familiar, bajo el círculo de luz de la lámpara, uno de los hermanos, agotado por catorce horas de trabajo sin tregua, roncaba con la cabeza hincada sobre el pecho. El otro fumaba un cigarrillo pres-

---

tando una atención cuidadosa a la ceniza. La madre miraba de soslayo y practicaba sin darse cuenta ejercicios de digitación con la mano derecha, en el filo de la mesa. Sólo ella, Judith, sostenía la mirada del padre, actuaba de público, asentía sin esforzarse mucho a sus preguntas que llevaban siempre implícita la respuesta. Pero ni le guardaba verdadero rencor ni se le acababa la paciencia, y esa tolerancia suya en el fondo hería a su madre, que la hubiera querido más indignada con él, más herida por su tacañería y su vanidad y su profunda indiferencia hacia todo lo que no fuera él mismo, su yo hinchándose como un globo con el aire de todas sus palabras, con el brío de sus gesticulaciones. Ella, que de verdad había hecho tanto por su hija, ¿no merecía que Judith se pusiera francamente de su parte, que se hiciera su cómplice en el resentimiento y en el cuidado del archivo de todos los agravios catalogados desde varios años antes de que terminara el siglo anterior, en un mundo de corsés y coches de caballos y solemnidades bizantinas en honor del Zar? Pero si ella hablaba contra el padre Judith no la secundaba, y si enumeraba para ella todas sus muestras de vulgaridad y demente egoísmo Judith le daba la razón y luego sonreía, haciendo un comentario que de algún modo lo exculpaba a él, mostrándolo menos arbitrario y cruel que pintoresco o excéntrico. Jamás le había dado ni un céntimo para comprar un cuaderno, un lápiz, un libro. Y sin embargo no estaba resentida, y si a pesar de todo sentía el impulso íntimo de la queja lo ahogaba en remordimiento, como si hubiera cometido una falta de misericordia con su padre. Había ingresado prematuramente en la decrepitud física; le daba miedo salir de las calles más conocidas, y cada vez se atrevía menos a aventurarse en Manhattan; no fue nunca un hombre muy querido, ni de niño ni de adulto, no desde luego por su mujer y muy poco por sus hijos varones, que

---

no tenían tiempo ni energías para gastar en él, confabulados en ganar dinero y en hacerse plenamente, casi violentamente americanos. El día antes de la partida de Judith para Europa le hizo una caricia torpe en el pelo que parecía más bien un manotazo o un empujón y le dijo en ruso «mi niña», apartando en seguida la cara, por temor a que ella le viera el brillo húmedo en los ojos.

Pero era su madre quien había hecho posible el viaje; quien la había alentado, quien la había asistido cuando más perdida se encontraba; quien la había estado observando con ansiosa expectación a lo largo de los años en los que la vio extraviada, en peligro de acabar viéndose tan sepultada para siempre como lo estaba ella, queriendo advertirle y no sabiendo cómo hacerlo, consciente de que su hija no aceptaría una interferencia, aunque también ella supiera que se estaba equivocando. De qué le servía la clarividencia sobre el carácter y las fragilidades de su hija si ella, su madre, era impotente para prevenir el desastre. Qué fácilmente se ataba quien era muy joven, quien no hubiera tenido ninguna obligación, quien no sabía la magnitud del tesoro que estaba malbaratando sin más motivo que su empecinamiento, ni siquiera por una pasión que lo cegara. En 1930, en vez de terminar su doctorado, Judith Biely se casó con un compañero de curso y empezó a trabajar diez horas en una oficina editorial de novelas policiacas baratas. A principios de 1934 llamó a su madre por teléfono y le dijo que se había divorciado; que tal vez aceptaría un empleo para cuidar niños o dar clases de inglés en París, y que desde allí viajaría a España, adonde había querido ir desde que era una niña fantasiosa lectora de Washington Irving. Quería revivir su español, bien aprendido en la escuela y luego en la universidad, tal vez reanudar el proyecto de una tesis doctoral sobre literatura española. Se habían visto muy poco en los úl-

---

timos años: su padre, su madre y sus hermanos, que tenían a discutir furiosamente por todo, se habían puesto de acuerdo, aunque por diversos motivos, en considerar que su matrimonio era un error y su marido un indeseable, y Judith había roto bravamente con todos ellos. Ella y su madre se citaron en una cafetería grande y ruidosa de la Segunda Avenida, decorada con carteles y fotografías de actores de teatro en yiddish. Su madre venía con una cartera negra de piel bien aferrada en el interior del abrigo: una cartera elegante, gastada, traída de Rusia igual que las partituras del piano. Había estado trabajando mucho como modista en los últimos años: había ahorrado dinero y elegido un piano. Pero al mirarlo en la tienda y extender las manos sobre las teclas se había dado cuenta de que ya era tarde: sus dedos que habían sido fuertes y flexibles ahora eran más torpes de lo que ella imaginaba y tenían las articulaciones hinchadas por la artrosis. La música de sus partituras se había acostumbrado a escucharla sólo en su cabeza, igual que escuchaba en ella la dulce fonética rusa de las novelas que leía en silencio, sentada en la cocina, con sus gafas que ya tenía que llevar siempre. Apartó las tazas de café y el plato con la tarta a un lado de la mesa y puso sobre ella la cartera, abultada y mullida por el fajo de billetes perfectamente ordenados que constituían sus ahorros personales de los últimos treinta años. «Para tu viaje», dijo, empujando la cartera hacia Judith, que no se atrevía a tocarla, «para que no vuelvas hasta que no te lo hayas gastado todo». *Down to the very last cent*, dijo, repitió luego Judith delante de Ignacio Abel, sintiendo sólo entonces, tanto tiempo después, el alivio de una restitución, la certeza de haber aprendido a corresponder a la ternura de su madre sin deslealtad hacia el padre que nunca habría hecho nada parecido por ella.

---

La veo más claramente ahora, no de espaldas y volviéndose un instante ni un perfil recortado en negro: veo su cara luminosa de expectación en la fotografía tomada en una cabina automática de una calle de París, la cara y la mirada de quien espera algo intensamente, no porque no sepa ver las sombras sino porque ha tenido el coraje de sobreponerse al infortunio y una salud de espíritu resistente por igual al engaño y a la desolación. Pero quizás esa cara ya pertenece al pasado o sólo sigue existiendo en el espejismo químico de la fotografía: es la de una desconocida a la que Ignacio Abel aún no ha visto y bien podría no ver nunca; es la de alguien que tal vez ya no se le parece y ha ingresado en otra vida, que ahora mismo habla y mira y respira en un lugar hostil donde él nunca va a encontrarla; donde ella se dedica poco a poco a borrarlo de su existencia, ya sin esfuerzo, como borra las cosas que estaban escritas en la pizarra cuando entra en un aula para dar una clase, polvo blanco de tiza cayendo al suelo y manchándole los dedos, un rastro físico mucho más tangible que la presencia desvanecida del amante a quien abandonó a mediados de julio, en otra ciudad de otro país, en otro continente, si es que ha regresado a América, en otra época.